

ción por medios paralelos? Ninguna. La escuela se limita a darnos en abstracto los rudimentos de la ciencia; y si de algún tiempo a esta parte se ha convertido en el custodio de un cierto nacionalismo, con lo cual parecería llenar el reclamado deber social, la forma elegida para inculcarlo se nos antoja tan estrecha, que hay que ver en ello un elemento disolvente de la solidaridad entre los elementos cosmopolitas que en la hora presente trabajan de consuno por el porvenir de estos pueblos nuevos. Descartada así la escuela, las demás instituciones sociales no propenden tampoco a la convergencia de las energías; el gobierno no tiene la autoridad moral de que lo invisten en otros países las estables dinastías; ello le quita el prestigio y merma su función ejemplarizadora directiva y tutorial; el ejército carece de la larguísima tradición y de la gloriosa aureola que en Europa le hace prestigioso ante los pueblos, en quienes llega a dominar una organización civil y hasta una administración de justicia semejantes a la militar; la sociedad no está aquí cristalizada en clases cuyas prerrogativas hayan contribuido a disciplinar los aludidos estratos humanos. Todo esto lo ha suprimido nuestra democracia, y ello es, en verdad, su primer gran triunfo; pero no hemos procurado suplantar por otras nuevas aquellas fuerzas unificadoras de que carecemos.

¿Por qué no ocurre igual cosa en los Estados Unidos, que es también, como nosotros, un pueblo nacido ayer y donde menos evidencia existe todavía de las vetustas instituciones mencionadas; donde el gobierno se despoja sin peligro de los oropeles de la realeza; donde no existe el servicio obligatorio, y la clásica oposición entre el que manda y el que obedece queda obscurecida merced a la acción igualitaria de la cultura; donde una democracia más pura y verdadera que la

nuestra tiende a mezclar constantemente los elementos sociales?

En los Estados Unidos la acción social de la escuela contribuye sin duda por su parte a mantener vivo el parentesco de tendencias; pero ninguna institución dispone del poderosísimo medio que para ello cuenta, la Universidad, porque la característica fundamental de esta última es la de ser la vivienda de la juventud. Las universidades no son allí, como entre nosotros, meras aulas a las que el alumno acude diariamente con sus libros al brazo, pero dejando tal vez su alma a la puerta. No; en aquellas vastas universidades-villas, que ocupan kilómetros de superficie, los estudiantes constituyen un pueblo peculiar, un organismo colectivo que vive, siente y obra. La vida es así compleja y rica en episodios que favorecen ese intercambio espiritual que engendra la tolerancia y educa la simpatía.

Los norteamericanos han descubierto que el principal requisito de la vida nacional es la capacidad para vivir reunidos. De ahí deriva el significado profundo que ha de darse en el día a la palabra "cultura." Por el contrario, la raza latina continúa interpretando ese vocablo en un sentido "egoísta," considerándolo un proceso de perfeccionamiento individual a que se llegaría mediante la adquisición de conocimientos de orden intelectual. Así ha prosperado en nuestra raza una superstición por el mero saber. El mero saber tuvo su día cuando el otro saber, el verdadero saber, que es la capacidad de obrar con pleno conocimiento de las relaciones y circunstancias de la acción, no había sido llamado a llenar su gran destino en la civilización: el de redimirnos positivamente, por la ciencia, de las angustias y miserias a que nos arroja la ignorancia. El mero saber proporcionó entonces el ritual de una aristocracia especial, la académica, que hoy todavía con-